

VIDA INTELECTUAL Y ENSAYO EN REYES, VOLPI Y OSPINA*

INTELLECTUAL LIFE AND ESSAY IN REYES, VOLPI AND OSPINA

ROSA JAISULLY DURÁN MUÑOZ
jaisaduran@hotmail.com
UNIVERSIDAD DEL VALLE, COLOMBIA

RECIBIDO (29.01.2016) – APROBADO (02.05.2016)
DOI: 10.17533/UDEA.ELC.N39A05

Resumen: Este artículo destaca la estrecha relación entre vida intelectual y ensayo. Pretende analizar cómo el ensayo es un medio eficaz para reflexionar en torno a la identidad latinoamericana. En especial se tienen en cuenta “Notas de la inteligencia americana” de Alfonso Reyes, *El insomnio de Bolívar* de Jorge Volpi y *Pa’ que se acabe la vaina* de William Ospina. Este diálogo tiene el propósito de encontrar transferencias de conocimiento en diferentes contextos sociales.

Palabras claves: vida intelectual, ensayo, identidad Latinoamérica, Reyes, Volpi, Ospina.

Abstract: This article highlights the close relationship between intellectual life and essay. It pretends to analyze how the essay is an effective way to reflect about Latinamerican identity. Above all are taken as examples “Notas de la inteligencia americana” by Alfonso Reyes, *El insomnio de Bolívar* by Jorge Volpi and *Pa’ que se acabe la vaina* by William Ospina. This dialogue has got the purpose to find out the transfers of knowledge through different social contexts.

Keywords: intellectual life, essay, Latinamerican identity, Reyes, Volpi, Ospina.

* Artículo derivado de investigación.

Cómo citar este artículo: Durán, R. J. (2016). Vida intelectual y ensayo en Reyes, Volpi y Ospina. *Estudios de literatura colombiana* 39, pp. 79-92. DOI: 10.17533/udea.elc.n39a05.

El problema de la identidad

Si bien el problema de la identidad de los países latinoamericanos parece un tema agotado, no todo está dicho. El ensayo como forma de pensamiento abre nuevas posibilidades de interpretación a diversos fenómenos culturales y políticos que se creían abarcados. La riqueza de este género como recurso expresivo se encuentra en su propuesta de revaloración y continuo ejercicio de la inteligencia para dialogar con la sociedad, debido a que “retrabaja conceptos y símbolos tomados de distintas esferas del quehacer cultural; reexamina valores; recrea las “palabras de la tribu”; repiensa términos neutralizados y vuelve a dotarlos de valencia: hace de todo segmento de significación un vector de sentido” (Weinberg, 2007, p. 14). Es así como los mexicanos Alfonso Reyes, Jorge Volpi, y el colombiano William Ospina, reflexionan sobre la identidad latinoamericana en, por ejemplo, “Notas sobre la inteligencia americana” (1936), *El insomnio de Bolívar* (2009) y *Pa’ que se acabe la vaina* (2013), respectivamente. Aunque esta última obra se enfoca esencialmente al análisis del contexto colombiano, cita algunos aspectos en torno a América Latina. En las tres obras existen puntos de convergencia, pues se interrogan por aspectos como la influencia de modelos extranjeros, el papel de las manifestaciones artísticas en la delimitación de nuestra identidad y el rol que cada uno ha asumido frente a los límites o posibilidades semánticas de lo que debe o no identificar al ser social latinoamericano. De esta manera podremos acercarnos al potencial ético y estético del ensayo que se vale, entre otras estrategias, de la subjetividad, el carácter dialógico y la voluntad de estilo para inscribirse en la reinterpretación del mundo, que sumerge al lector en una descontextualización y recontextualización de su comprensión, pues “nos hace meditar en nuestra realidad íntima en relación con su circunstancia” (Gómez-Martínez, 1992, p. 69).

Estos ensayos revelan la relación intrínseca entre el género argumentativo y el rol social del intelectual, quien establece vínculos con los fenómenos e las interpretaciones del espacio público, dinamizando o paralizando el impulso intelectual. El ensayo se convierte en el vehículo más apropiado para demostrar la problematización sugerida por el intelectual, que construye un nuevo mundo interpretado; actúa como servicio público y como deber civilizador, pues desde diversos ámbitos transmite experiencias vitales convirtiéndolas en un sentido comunitario, al volverse memoria, historia e imaginación del futuro; “el ensayista es un especialista de la interpretación” (Weinberg, 2001, p.73).

En la articulación de un ensayo subyacen, a pesar de su carácter subjetivo, una serie de responsabilidades que lograrán la representatividad de las interpretaciones del ensayista, que dialogan con la cultura y la sociedad. Un elemento fundamental según Carlos Piera es el ejercicio de la responsabilidad (en Weinberg, 2007, p. 22) de la palabra en el espacio público, ya que al gozar de cierta imagen o credibilidad frente a lo que se dice, el intelectual, a través del ensayo, deberá asumir una “responsabilidad por la interpretación de la cosa pública” (Weinberg, 2001, p. 103), un compromiso con las palabras que deberá corresponder con su estatus social. Es así como los intelectuales “deberían ser conscientes de las confusiones que se arrastran y en las que arrastran a los que les escuchan” (Bobbio, 1998, p. 59) o leen. Así que, al ofrecer su interpretación individual del mundo en una comunidad de sentido, el intelectual acepta el riesgo de obtener o no un lugar simbólico en la tradición cultural desde y para la cual escribe; aludiendo a las imágenes propuestas por Weinberg (2001), su puesta en valor se aventura a caer en el infierno de la incompreensión o en el paraíso de la representatividad.

Las alteraciones de una comunidad están estrechamente ligadas a las condiciones de inteligibilidad, pues desde allí se escogen las representaciones que validan una producción ensayística; los vínculos con la cultura, la política y el poder, también determinan en gran medida la representatividad. Esto podemos evidenciarlo en las frecuentes mutaciones de la figura intelectual, que al estar o no en sintonía con los proyectos culturales, sociales y políticos de una nación adoptará matices en su interpretación del mundo. La vida intelectual tiene ciertas particularidades dependiendo de la estructura social y su lugar en ella, y “entre (los intelectuales) no puede haber torres de marfil” (Reyes, 1936, p. 69), es decir, es inevitable su compromiso con el contexto en el cual se inscribe. Sin embargo, algunos asumirán un rol orgánico, al cual se refiere Gramsci, y otros se atreverán a asumir el lugar del revolucionario. Cabe destacar que superada la imagen de los intelectuales, próceres y gramáticos —del siglo XIX y principios del XX— las nuevas condiciones culturales han abierto otras posibilidades para interpretar diversos ámbitos de la sociedad, y el ensayo se presenta como un recurso fundamental en estas discusiones.

Alfonso Reyes (1889-1959) es uno de los intelectuales latinoamericanos más destacados del siglo XX, lo que demuestra su gran autoridad para problematizar o discurrir sobre temas representativos para la sociedad. Desde muy joven estuvo ligado a varias redes intelectuales. Fue un diplomático dedicado a la literatura y abrió en Latinoamérica las ventanas al cosmopolitismo.

Exaltaba la literatura a secas, en contra de la exacerbación del nacionalismo en la literatura y profesaba el quiebre de los límites ideológicos. Esta herencia cultural llega a Jorge Volpi y también a William Ospina. “Alfonso Reyes [dice Ospina] reflexionó sobre las afinidades profundas entre el mundo mexicano y la tradición grecolatina” (2013, p. 128).

Estos tres intelectuales acuden al ensayo para manifestar la importancia de la literatura y el arte en general, ambos en busca de una identidad y una validación de las posibilidades sociales, siempre y cuando tomen una posición activa frente a los discursos colonizadores, ya sea desde lo cultural o lo político. “El arte cumple con esa función perpleja y reveladora de hacernos sensibles a cosas que, aunque estuvieron siempre ante nosotros, no estábamos en condiciones de advertir” (Ospina, 2013, p. 183). La invitación es a participar, desde la aceptación de nuestras particularidades geográficas e históricas, en la edificación de un nuevo tejido social, más allá de las fronteras semánticas e ideológicas. Queda por repensar, en relación con una consideración de Herbert Braun (2002) acerca de la legitimación de las ideas que vienen desde arriba: “El bienestar y la armonía social aún no provienen, ideológicamente, de abajo, de la sociedad misma, sino como antes, de arriba” (p. 23). Debemos detenernos y revisar, desde los ensayos que nos ocupan qué o quién representa el arriba y por qué seguir legitimándolo. He aquí la vitalidad del ensayo en manos del intelectual.

El ensayo, a diferencia de un tratado filosófico o histórico, se invita a la reflexión gozosa. Así, “Notas sobre la inteligencia americana” precisa su intención de enfatizar en las posibilidades intelectuales y artísticas de los países latinoamericanos, dejando de lado las fronteras semánticas encaminadas a delimitar la civilización americana respecto a la europea. *El insomnio de Bolívar* crea instantáneamente una imagen paródica del sueño del Libertador, ese gran anhelo por “ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y su gloria” (Volpi, 2009, p. 9). A esta utopía de la homogeneidad Volpi responde, en la voz de Bolívar: “Una América unida, menudo disparate” (Volpi, 2009, p. 259). Por último, William Ospina toma un fragmento de la composición musical, “La gota fría”, de Emiliano Zuleta como un llamado urgente para salir de las confrontaciones e injusticias, de la reiterada ausencia de identidad nacional; y para llegar a la consolidación activa de una nueva realidad colombiana.

¿Somos parte de la cultura universal o simplemente latinoamericanos? Alrededor de nuestra identidad han surgido diversas reflexiones acerca de lo que somos, qué nos caracteriza, qué nos acerca y nos aleja de los otros, qué

representa nuestra unidad, si la hay, de dónde provienen las denominaciones Iberoamérica, Indo-afro-ibero-américa, América Latina, y cuál es la más acertada atendiendo a las nuevas condiciones sociales, políticas y culturales. Sin embargo, no es posible precisar, como exigen algunos pensadores, una designación restrictiva del ser latinoamericano (o como preferamos llamarlo), una ecuación que sintetice siglos de diversas diásporas y manifestaciones que han hecho el camino hasta este siglo XXI. Aun así, aparecen los intelectuales como figuras que asumen una posición, no de vocería o invención de América Latina, sino que “contribuyen a descifrarla y desarmarla” (Volpi, 2009, p. 170). Es así como el ensayo logra deslindar aquello que parecía unido, es decir, como parte de un ejercicio de la inteligencia. Reyes y Volpi asumen el concepto de lo latinoamericano como un obstáculo en el conocimiento y reconocimiento de lo que se es, en busca de lo que se espera que sea. Esta idea de unidad latinoamericana, más relacionada con aspectos históricos, religiosos y lingüísticos, está ligada a la construcción utópica de América como tierra exótica, presta a recibir el influjo civilizador europeo. Así que mientras algunos intelectuales insisten en la importancia de lograr una identidad específicamente latinoamericana, otros abogan por ser ciudadanos del mundo.

“El ensayista escribe porque experimenta la necesidad de comunicar algo, por la sencilla razón de que al comunicarlo lo hace más suyo” (Gómez-Martínez, 1992, p. 53). Atendiendo a este carácter subjetivo del ensayo, Reyes y Volpi presentan un escenario de discusión en el cual solo “corresponde provocar o desatar una conversación, sin pretender agotar el planteo de los problemas que se [...] ofrecen” (Reyes, 1936, p. 5) y ante los cuales no se espera encontrar soluciones. Asimismo, Jorge Volpi (2009) expresa que sus ensayos son “bosquejos, pruebas de laboratorio cuya meta no consiste en trazar un vasto mapa político y literario de la región a principios del siglo XXI” (p. 26) y que logrará extraer “unas cuantas conclusiones, igualmente trucas o fragmentarias” que permitan visualizar el “**fecundo caos** que hoy distingue a este agreste y poderoso **territorio imaginario**¹ que algunos to-

¹ Las negrillas no hacen parte del texto original, pero logran precisar dos ideas importantes en la apuesta de sentido de este ensayista. Por un lado, coincidiendo con William Ospina, hay mucho por explorar y construir a partir de la heterogeneidad de los países latinoamericanos que no han logrado gozar de una dirigencia política articulada con sus propias circunstancias históricas y sus necesidades sociales. Por otro lado, América Latina es un territorio imaginario, producto de las evocaciones europeas que han restringido los horizontes de significación de las posibilidades culturales en nuestros países.

davía llaman América Latina” (p. 26). A pesar de estas especificaciones del “yo intelectual”, el lector encuentra profundas meditaciones que revelan un gran conocimiento y compromiso con el objeto de análisis del ensayo. Por su lado, en *Pa’ que se acabe la vaina* no se explicita directamente el matiz subjetivo que se desarrolla a lo largo del texto, sin embargo, se plantea a través de un discurso apasionado una propuesta, surgida de la indignación, urgencia e impaciencia del autor frente al recorrido histórico y cultural presentado, en relación con el presente desde el cual se enuncian sus ideas.

Diversas circunstancias, diversos ensayos

Las condiciones de inteligibilidad de los discursos que cada uno de ellos propone se producen en diversas circunstancias. Como discurso inaugural, en uno de los encuentros intelectuales más importantes a nivel mundial², “Notas sobre la inteligencia americana”, se instala no solo en un lugar y tiempo extremadamente complejo sino también en un momento decisivo para exponer algunas reflexiones sobre América Latina ante un público universal. Reyes las lee ante pensadores internacionales que desconocen lo americano y, aún más, la riqueza de su literatura. Algunos de ellos, como Jules Romain, esperan una respuesta concreta, una definición reduccionista acerca de las diferencias y semejanzas entre la cultura americana y la europea; sin embargo, Reyes, como un intelectual de visión universalista, insiste en que hablar de una civilización americana es equívoco e inapropiado. Centra su reflexión en la importancia de valorar la autenticidad humana proponiendo el matiz de América, no una mirada totalizadora. También destaca el marcado desconocimiento europeo hacia lo americano y de qué manera esto ha llevado a encasillar sus manifestaciones culturales: “en la balanza de los errores de detalle o incomprendimientos parciales de los libros europeos que tratan de América y de los libros americanos que tratan de Europa, el saldo nos es favorable” (Reyes, 1936, p. 10). Alfonso Reyes presenta a América como una utopía, en la cual se ha desconocido su sustancia heterogénea, negándole el derecho a constituir en igualdad de condiciones el espacio letrado universal, no estrictamente

² En 1936 se realizaron en Buenos Aires el XIV Congreso Internacional de los PEN Clubs y la Séptima Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual. En el contexto del avance del fascismo y de los regímenes totalitarios en Europa y el estallido de la Guerra Civil Española, los intelectuales europeos redefinen su lugar y a lo largo de la década del treinta la ideología del escritor como *clerc* comienza a ser sustituida por la del escritor comprometido.

latinoamericano. Por eso reclama el “derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado (pues) hemos alcanzado la mayoría de edad” (p. 12).

El insomnio de Bolívar indaga sobre qué significaba ser mexicano y latinoamericano, por ello el autor emprende un viaje por diversas ciudades latinoamericanas: Santa Cruz, Caracas, D.F., Santiago de Chile, Cartagena, Buenos Aires, La Habana, Asunción, entre otras. A partir de las ideas suscitadas por el recorrido podemos comprender que este desconocimiento de América Latina por parte de Europa va mucho más allá, pues ni siquiera existe un reconocimiento de las situaciones políticas, sociales y literarias entre los países hermanos. A través de sus consideraciones, retrata las dificultades y los avances significativos en la construcción de una literatura y los aspectos determinantes en la configuración de la vida política de estos países. Por ejemplo, las principales taras de su democracia: “pervivencia del caudillismo entre los nuevos dirigentes democráticos; opacidad de los partidos políticos y lejanía entre representantes populares y electores; impunidad generalizada” (2009, p. 110), entre otros.

Frente a la percepción europea de las naciones americanas como graciosas e inusuales, Volpi al igual que Reyes, puntualiza en que no por estar ligados a un pasado de colonización hispánica somos homogéneos y que el aislamiento de “ese exclusivo club, no se debe a nuestros problemas de desarrollo o a nuestro pasado indígena, sino a la perenne voluntad europea de mantenernos como receptáculos de sus frustraciones y deseos. De sus fantasías” (Volpi, 2009, p. 69). América ha sido trazada como “un campo de operaciones para el desborde de los altos ímpetus quiméricos” de Europa (Reyes, 1936, p. 15). Estas ideas además de establecer estereotipos culturales han impedido el merecido respeto a las experiencias y exploraciones literarias de los escritores de países latinoamericanos: “Exótico por ser latinoamericano. Y más exótico por no escribir sobre América Latina (¿cuándo se ha cuestionado a un escritor inglés o francés por no escribir sobre Inglaterra o Francia?)” (Volpi, 2009, p. 24). Es innegable la presencia de fusiones culturales latinoamericanas que surgidas en un país hacen parte de todos, es decir, no podemos hablar de homogeneidad, ni exigir restricciones o etiquetas para las producciones culturales. Haciendo alusión a la antología *McOndo*, Volpi (2009) cuestiona: “¿Y lo bastardo, lo híbrido? Para nosotros, el Chapulín Colorado, Ricky Martin, Selena, Julio Iglesias y las telenovelas (o culebrones) son tan latinoamericanos como el candomblé o el vallenato [...]. Temerle a la cultura bastarda es negar nuestro propio mestizaje” (p. 75).

Acerca de la identidad latinoamericana, Ospina, en contravía de Reyes y Volpi, considera que “las naciones de América Latina se han hecho visibles para el mundo cuando fueron capaces de mostrar su verdadero rostro, su compleja originalidad” (p. 9). Es decir, no se asume la conciencia de ciudadanía continental o mayoría de edad, sino la necesidad de establecer una esencia homogénea, que nos una como colombianos, atendiendo a las diversas expresiones culturales en nuestro país, para impedir que la “arcilla americana (siga) siendo moldeada por las manos de Europa” (Ospina, 2013, p. 9). Cabe recordar que este no es el eje de las reflexiones de Ospina, quien dedica el desarrollo de su texto a repensar la historia colombiana y plantear la necesidad de construir un proyecto político, social y cultural que se parezca a los colombianos. Debido a esto, las condiciones de inteligibilidad de su ensayo se definen respecto al proceso de paz en Colombia —iniciado formalmente el 18 de octubre de 2012—. El ensayo de Ospina les propone a las jóvenes generaciones empeñarse en no perder “otros cincuenta años en una guerra estéril” (Ospina, 2013, p. 235). Además les hace una extensa exposición de las principales condiciones sociales y culturales de Colombia: el arte como una expresión social, la democracia de fachada, la continuación de un legado histórico y político sin raíces en la realidad de sus ciudadanos. Estos puntos establecen importantes conexiones con algunos de los cuestionamientos planteados en *El insomnio de Bolívar*, que revisaremos más adelante.

Los ensayos de Ospina y Volpi coinciden en ciertas temáticas, aunque presentan un punto de vista diferente. Por ejemplo, el nacionalismo es un tópico importante para los dos; sin embargo, el mexicano acude a él para resaltar que “la estupidez nacionalista se torna monumental” (Volpi, 2009, p. 73) o para señalar lo anacrónico de pensar en “una literatura nacional, dotada con particularidades típicas e irrepetibles, ajenas por completo a las demás” (Volpi, 2009, p. 165). Este autor quiere derrumbar el sentido nacionalista de las viejas concepciones republicanas, extendidas por la clase oligárquica perpetuada en las dirigencias latinoamericanas “con su inevitable carga de discriminación y su parafernalia de símbolos, historias oficiales y catecismos patrióticos” (Volpi, 2009, p. 145), cuyas variables tampoco encuentran asidero en la realidad de nuestros países, ligados a una unidad ilusoria. Por esta razón, “será necesario abortar las crónicas nociones de identidad nacional y aventurarse a explorar nuevos modelos de vecindad” (Volpi, 2009, p. 216).

Ospina (2013), a su vez, aunque también cuestiona fuertemente a las clases dirigentes, recurre al nacionalismo como una exhortación hacia sus

interlocutores, a quienes luego de un recorrido histórico invita a reconocer que “después de siglos de repeticiones [...] una realidad enorme está emergiendo, un pueblo desconocido está descubriendo su propia existencia, un territorio está brotando a la luz” (p. 236). De la misma manera, destaca el aporte de Jorge Isaacs y José Eustasio Rivera al ver el territorio colombiano, nombrarlo, mostrar la diversidad de su gente y las injusticias producto de la arrogancia señorial, este tipo de manifestaciones artísticas lograron “que por fin pudiéramos ver lo que teníamos ante los ojos” (Ospina, 2013, p. 49). A diferencia de *El insomnio de Bolívar, Pa'que se acabe* trata de reconocer lo que nos identifica como nación y lo que podremos lograr al adquirir conciencia de ello.

En estos dos ensayos también aparecen las figuras representativas de la identidad latinoamericana: Simón Bolívar y Gabriel García Márquez. Respecto a este último, los dos ensayistas coinciden en la representatividad de su obra, pues, al analizar los conflictos sociopolíticos de los países latinoamericanos, *Cien años de soledad* “logró que América Latina —toda América Latina— cupiese en las páginas de un libro” (Volpi, 2009, p. 44). Colombia, según Ospina, aparece como

esa aldea tiranizada por la superstición, arrasada por las guerras civiles, perseguida por la obsesión de un viejo crimen incestuoso, cautiva de la vida familiar, deslumbrada de todo lo que venía de afuera, las magias engañosas de los gitanos, los refinamientos musicales de los italianos, los vicios franceses, las compañías coloniales gringas. (2013, p. 183).

La significación histórica de la imagen de Simón Bolívar se altera en los dos textos. Para Ospina (2013), Bolívar es un personaje que sabía “ver bien al enemigo español pero no sabía comprender la honda herida del indio americano” (p. 57). Es decir, desde la constitución de las repúblicas no existió, por parte de los dirigentes, la comprensión del pueblo que estaba en sus manos. En el ensayo de Volpi (2009), Bolívar aparece al inicio y al final, para revelar su muerte y la de su utopía americana: “Sabe que el fin está cerca y de pronto se siente tranquilo, en paz. Casi sonríe mientras su semblante se llena de luz. Al fin podrá dormir” (p. 259).

Desde la creación de las repúblicas americanas, el discurso de independencia del mundo hispano preservó, bajo el manto de la libertad y la democracia, los discursos coloniales que darían continuidad a la añeja plantilla del poder que se limita a un sombrío acoplamiento de los nuevos políticos. Así expone Ospina, al igual que Volpi, la creación de las repúblicas como “un

conjunto de negocios particulares, de proyectos de casta y de iniciativas de los poderosos” (Ospina, 2013, p. 26). Las sociedades latinoamericanas han sobrevivido con el ideal de progreso instaurado en nuestros países bajo otras condiciones históricas, lo que demuestra la “avidez por ser contemporáneos, por sincronizar los relojes atlánticos, por superar la incómoda sensación de que, mientras Europa ingresaba en la modernidad, nosotros seguíamos atascados en el barro de esa “Edad Media tardía” que España había traído a América” (Ospina, 2013, p. 18). De la misma manera, Alfonso Reyes (1936) nos habla de la llegada tarde al banquete de la civilización europea y cómo “América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente” (p. 5). Por ello, el polígrafo mexicano alude a la inteligencia americana como la necesidad de “ir estableciendo síntesis, aunque sean necesariamente provisionales; la de ir aplicando prontamente los resultados, verificando el valor de la teoría en la carne viva de la acción” (Reyes, 1936, p. 9).

El ideal de progreso en Latinoamérica ha estado ligado a la imitación de los modelos o doctrinas que pueden ser admirables en su esquema abstracto pero que frecuentemente desconocen las condiciones de las sociedades reales a las cuales pretenden ser aplicadas. Hay un afán por sacar del barro a los llamados países tercermundistas. “Seguramente (por) el dolor de no haber nacido en España o en Francia o en los Estados Unidos” (Ospina, 2013, p.20). Pero es un peligro implantar la modernidad desconociendo su propia historia, el rasgo heterogéneo de su sociedad. Uno de los ejemplos citados por Volpi (2009), es la interesante descripción del modelo de transporte Transantiago como “un garabato no solo impráctico, sino aberrante [...] una prueba más [...] de que los políticos latinoamericanos aún se comportan como europeos destinados a rescatar del salvajismo y la barbarie a sus compatriotas [...] sin tomarlos en cuenta” (p. 40). Desde el ámbito literario, Reyes (1936) reconoce que la nueva literatura americana “rectifica aquella tristeza hereditaria, aquella mala conciencia con que nuestros mayores contemplan el mundo, sintiéndose hijos del gran pecado original [...] de ser americanos” (p. 10).

Asimismo, ha funcionado la denominada, por William Ospina (2013), “democracia de fachada” (p. 45) o la “democracia imaginaria” en nuestras “repúblicas ficticias” (Volpi, 2009, p. 93), en las cuales se corrobora el carácter oligárquico de los países latinoamericanos. En este sentido, los dos ensayistas dialogan alrededor de las figuras que detentan el poder en Latinoamérica, enfatizando en la existencia de derechos y condiciones democráticas admi-

rables, solo en el papel. Las reformas del Estado, en alianza con monopolios, atentan contra el bienestar de los ciudadanos del común, pero no perjudica los privilegios e intereses económicos, sociales o políticos de los dueños del país, ya sean representantes de la oligarquía tradicional o, encarnando el mismo sistema, en los caudillos democráticos. Volpi (2009) cuestiona el asunto de este modo: “¿A quién sirven los partidos políticos latinoamericanos? ¿A los ciudadanos? Rara vez. Más bien a sí mismos y a los grupos económicos que los amparan” (p. 121).

Una de las características fundamentales del ensayo es su carácter dialógico, pues interpela frecuentemente al lector, formula preguntas, nos hace partícipes de su forma de pensamiento, de las disertaciones y digresiones que van estructurando su voluntad de estilo, llevándonos a nuevas ventanas de la comprensión. A través de sus operaciones interpretativas y sus representaciones conceptuales y simbólicas, el ensayista edifica un nosotros que refleja las preocupaciones, aciertos y esperanzas de una comunidad cultural. Así podemos reconocer a quién se dirige, cómo lo hace y cuál es su proyecto enunciativo. El discurso ensayístico de Reyes se da en un ámbito intelectual, “como un aporte a la discusión en torno al tema Relaciones actuales entre las culturas de Europa y la América Latina para una reunión del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual” (Weinberg, 2001, p. 65); siendo así, se dirige a escritores europeos y americanos con una intención universalista, reconociendo como americano la paridad con España y advirtiendo, en vista del desconocimiento de los países latinoamericanos, que aunque no lo sepan, estamos en la cultura universal, no regionalista o nacionalista, y que muy pronto se habituarán a contar con nosotros. Un nosotros inscrito en la intelectualidad universal. Ospina y Volpi se dirigen a un lector más diverso: desde el ciudadano con bagaje cultural promedio hasta el intelectual versado en múltiples campos del conocimiento, pero en ambos casos es un nosotros americano; sus interpelaciones están encaminadas a reevaluar las bases sobre las cuales se fundan las identidades, ya sea latinoamericana o específicamente colombiana. Los dos ensayos emplean interrogantes para pensar a lo largo de su discurso, evaluar sus propias ideas e incluir al lector en sus consideraciones.

Para ejemplificar este recurso de fluidez y conexión dialogal en los textos de Volpi y Ospina, veamos algunos ejemplos de cada uno de ellos. En *El insomnio de Bolívar* se dice: “Preguntémonos entonces, otra vez, ¿qué compartimos, en exclusiva, los latinoamericanos? [...] ¿Es todo? ¿Después de dos siglos de vida independiente eso es todo? ¿De verdad?” (p. 85). Luego

se amplía la idea: “en el país de Chávez y sus horrisonas arengas radiofónicas (perdón, anuncié que no hablaría de él, y aquí estoy)” (p. 34). En *Pa que se acabe la vaina* se emplea el mismo tono de plaza pública. Primero: “¿Cómo puede quererse a sí mismo un país que crece en el odio por los indios y los negros, que son el origen irrenunciable de la mayoría de la población?” (p. 24). Segundo: “¿Es acaso nadar contra la corriente, ir en contravía de la historia [...] pensar en un conocimiento que se parezca a nosotros, en una ingeniería que se parezca a estas tierras, en una arquitectura que se parezca a estos climas?” (p. 232). Ante la problematización de la identidad, los tres ensayos coinciden en el valor y el reconocimiento de la heterogeneidad como recurso indispensable en la interpretación de las sociedades. Al comprender las diferencias de cada país, los ciudadanos y, en especial, sus dirigentes políticos podrán asimilar que los procesos sociales, económicos y culturales evolucionan eficazmente si se reconoce nuestro tiempo y espacio, aun cuando lleguemos tarde al banquete de la civilización. Y en esta comprensión, no de lo que somos, sino de lo que podemos ser, nos acercaremos, desde diferentes geografías y formas de entender el mundo, a la reflexión de Píndaro: Llegar a ser el que eres.

Estas ideas nos acercan a otro de los tópicos comunes entre Volpi y Ospina: el rol de los ciudadanos desde su participación o indiferencia, y la esperanza —que nos queda o no— como sujetos de América Latina expuestos por tradición a delimitaciones conceptuales y simbólicas. Es allí donde los ensayos nos permiten reconsiderar algunas nociones que creíamos excesivamente pensadas, acabadas o fuera de la mesa de discusión. “¿Qué dice de los ciudadanos latinoamericanos esta tendencia a confiar ciegamente en sus caudillos?” (Volpi, 2009, p. 237). Esta comprobación sociológica, por ejemplo, es una pregunta movilizadora en tanto que nos lleva como lectores, inmersos en las condiciones expuestas por el ensayista, a revisar desde nuestra interpretación de mundo el rol pasivo o conveniente de los individuos en las sociedades latinoamericanas, todavía devotas del discurso de la democracia imaginaria. Asimismo, respecto a la participación ciudadana, Ospina (2013) enfatiza en “la necesidad imperiosa de las recientes generaciones de celebrar un pacto nuevo con la naturaleza, con la tierra de los orígenes y con los ríos de la memoria” (p. 147) para romper los paradigmas de unidad nacional, reconocer nuestras diferencias en aras de un país contestatario ante una dirigencia que se ha eternizado en Colombia. Volpi y Ospina no solo se detienen en las actitudes despectivas de los gobernantes, también señalan de qué manera la

apatía de los ciudadanos, azorados o asqueados, los convierte en “testigos de una lucha por el poder que apenas les concierne” (Volpi, 2009, p. 184). Entonces, resulta determinante (y en esto coinciden los tres ensayos) dejar de lado las limitaciones conceptuales o simbólicas trazadas por la tradición política, cultural y social, en busca de un auto-reconocimiento que nos permita, desde lo que somos, explorar y lograr avances en nuestras posibilidades como agentes sociales y culturales.

A pesar del conformismo o ignorancia de muchos ciudadanos, de “los malos o pésimos gobiernos que hemos tenido —otra tradición latinoamericana— no han impedido el surgimiento de iniciativas individuales y colectivas que intentan darle vuelta a lo público, escapar de sus tentáculos y producir auténticas renovaciones en ámbitos muy diversos” (Volpi, 2009, p. 244). Por ejemplo, en lo literario, Reyes (1936) destaca las iniciativas de las nuevas literaturas americanas que a pesar del autoctonismo³ rectifican la tristeza hereditaria de ser americanos. Este ya es un avance en tanto abolición de una estructura mental con gran asidero en los países latinoamericanos, debido a su desconocimiento o subestimación de las raíces culturales y de la evolución de las corrientes intelectuales americanas. También debemos “ocuparnos de aquellos ciudadanos o grupos que, con su tesón y su trabajo cotidianos, son los únicos responsables de que [...] los distintos países de América Latina aún estén allí” (Volpi, 2009, p. 245). *El insomnio* y *Pa' que se acabe* coinciden puntualmente en exaltar que “más allá de las insulsas arengas de los políticos, América Latina aún tiene esperanzas” (Volpi, 2009, p. 35). Que aún queda mucho por construir, a pesar de las trabas de la plutocracia que ha dirigido desde siempre, con diferentes trajes, a los países latinoamericanos.

“Las transmigraciones que tienen lugar continuamente en el mundo de las ideas” (Weinberg, 2001, p. 82) son evidentes en los estudios comparados del ensayo. Los ejemplos aquí planteados son buena prueba de este paso de las ideas de un ensayo a otro. En especial cuando se toma en consideración el tema de la identidad. Ese tema logra en estos ensayos la validación de la heterogeneidad como un punto clave en la apertura del panorama social, político y cultural de los países americanos. Una denominación restrictiva no es productiva; todo lo contrario, encasilla, limita y no permite visualizar nuestros avances —en medio de nuestras propias condiciones, por fuera del

³ Reyes aclara que este autoctonismo en las nuevas literaturas americanas merece todo nuestro respeto, especialmente, cuando supera las descripciones locales y ahonda en las realidades psicológicas.

reloj eurocéntrico— en diversos ámbitos. Estos ensayos son una reacción ante el discurso de lo que somos, pero ¿qué somos? ¿Es indispensable un adjetivo que contenga, en su doble sentido, ese gran cúmulo de historia, influencias y manifestaciones de nuestros países? Desde la pragmática, el ejercicio de inteligencia asumido por los ensayistas, extiende el lugar simbólico del intelectual latinoamericano hacia la síntesis, es decir, la resignificación del legado universal y su compaginación con la diversidad americana; tal como insiste Jorge Volpi (2009): “a principio del siglo XXI, ese territorio imaginario bautizado como América Latina prácticamente ha dejado de existir” (p. 146), hay un campo más amplio sobre el cual actuar y “articular una ciudadanía —y una identidad— más amplia” (p. 250). En una sociedad habituada a un sistema jerárquico en el cual las élites, políticas o culturales, producen y reproducen las ideas hegemónicas foráneas, el ejercicio de responsabilidad intelectual resulta crucial como fuente de diálogo, de encuentro con diversos matices de la realidad. Es tarea del intelectual, con el ensayo como medio de análisis epistemológico y axiológico, “encontrar nuevas condiciones de legibilidad e inteligibilidad, contestatarias de toda amenaza de institucionalización de la lectura y el conocimiento” (Weinberg, 2001, p. 97), de amplificar las perspectivas con las cuales dialogará la sociedad futura en determinado contexto.

Bibliografía

- ¹ Braun, H. (2002). ¿Qué pasó con los intelectuales en Colombia? *Número* 31, pp. 23-26.
- ² Bobbio, N. (1998). *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Paidós.
- ³ Gómez-Martínez, J. L. (1992). *Teoría del Ensayo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- ⁴ Ospina, W. (2013). *Pa' que se acabe la vaina*. Bogotá: Planeta.
- ⁵ Reyes, A. (1936). *Notas sobre la inteligencia americana*. México: UNAM Centro de estudios latinoamericanos.
- ⁶ Volpi, J. (2009). *El insomnio de Bolívar. Cuatro consideraciones intempestivas sobre América Latina en el siglo XXI*. Bogotá: Random House Mondadori.
- ⁷ Weinberg, L. (2001). *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. FCE.
- ⁸ Weinberg, L. (2007). *Pensar el ensayo*. México: Siglo XXI Editores.